El Maipo



Estrés hídrico y presión sobre los recursos de agua

Posted on Noviembre 22, 2026

Abrir el grifo, llenar el vaso, beber. Son tres segundos y ningún pensamiento. Esa naturalidad es, precisamente, lo que hace tan difícil hablar del **estrés hídrico**: para buena parte de quienes leen estas líneas, el agua simplemente está ahí, como el aire. Pero en muchas regiones del planeta ese gesto empieza a depender de factores cada vez más frágiles: de cuánto llovió en invierno, de cuánto bajó el nivel de un acuífero o de cuántos vecinos más se han sumado a la misma fuente.

Qué significa realmente estrés hídrico

El estrés hídrico describe la presión que ejercen las extracciones sobre el agua dulce renovable disponible, una vez consideradas las necesidades de los ecosistemas. No hace falta una sequía para que sea elevado: una región puede recibir lluvias normales y extraer una proporción muy alta de sus recursos. También la calidad del agua y la distribución de la demanda condicionan el acceso efectivo.

La sequía meteorológica consiste en un déficit de precipitación respecto a lo habitual; puede desencadenar sequía agrícola o hidrológica. El estrés hídrico mide otra relación, la presión del uso sobre el recurso. Puede variar entre estaciones y años, aunque en algunas cuencas se convierte en un problema persistente. Una sequía puede agravarlo, pero ambos conceptos no son equivalentes.

El Maipo

Un planeta azul con poca agua dulce

La Tierra parece una abundancia de agua, y lo es, pero casi toda es salada. La dulce representa una fracción pequeña del total, y de esa fracción gran parte está encerrada en glaciares y casquetes polares. Lo que queda accesible en ríos, lagos y acuíferos es una porción diminuta, y además está mal repartida: unos pocos países concentran buena parte de los recursos y otros viven con muy poco.

A ese reparto desigual se suman las presiones habituales:

- **La agricultura**, que absorbe la mayor parte de las extracciones de agua dulce en el mundo, con diferencia sobre el uso doméstico o industrial.
- **El crecimiento de las ciudades**, que concentra la demanda en lugares que no siempre tienen recursos cerca.
- **El cambio climático**, que altera el calendario de las lluvias, reduce los caudales de algunos ríos y adelanta el deshielo de las montañas, de las que dependen millones de personas aguas abajo.

Lo que ya funciona

No todo es advertencia. Hay soluciones en marcha que merecen atención:

1. Regenerar **agua depurada** para usos compatibles, como determinados riegos o limpieza urbana, con el tratamiento y los controles que correspondan. El uso previsto determina la calidad necesaria.
2. Desalar agua marina donde resulte adecuado, considerando la energía, el coste y la gestión de la **salmuera**.
3. Ajustar el riego a las necesidades del cultivo y medir el consumo total. Mejorar la eficiencia por hectárea no garantiza ahorrar agua en toda la cuenca si después aumenta la superficie regada.
4. **Reparar las redes**, porque en muchas ciudades se pierde una parte apreciable del agua por fugas antes de que llegue a ningún grifo.

La combinación depende de cada cuenca. Además de aumentar o aprovechar mejor la oferta, hace falta ajustar las extracciones a los recursos disponibles y conservar los caudales y niveles que necesitan los ecosistemas.

Dos indicadores que no deben confundirse

UN-Water recoge que unos 720 millones de personas vivían en países con estrés hídrico alto o crítico en 2021. Por otra parte, un estudio de 2016 estimó que alrededor de 4.000 millones sufrían escasez severa al menos un mes al año. Son indicadores, escalas y fechas diferentes: no conviene sumarlos ni presentarlos como una misma estimación. Su utilidad es mostrar que una media anual o nacional puede ocultar periodos y territorios con dificultades mucho mayores.

El Maipo/Ambientum